

LA UNIVERSIDAD DE DEPUNG

Los más de nuestros lectores no habrán oído, de seguro, hablar de la Universidad de Depung. ¡Pero hay tantas grandes cosas que ignoramos!... Además, los universitarios de Depung tampoco han oído hablar de nuestras famosas Universidades europeas, y váyase lo uno por lo otro. Y aquí aquello de «el desdén con el desdén».

La Universidad de Depung está—ó estaba, por lo menos, hace catorce años— en el Tibet, en el misterioso Tibet, donde los hombres, en su mayoría monjes budistas, gastan la vida en prepararse para el final nirvana, ó sea la siesta eterna, y donde hay máquinas de rezar que piden para su dueño, mientras éste duerme, que se le libre de otra reencarnación.

En 1904 una expedición militar inglesa, al mando del coronel Younghusband, abrió al comercio inglés el antes cerrado Tibet, penetrando hasta la misteriosa ciudad santa de Lhasa, donde moraba el Gran Lama, señor espiritual del mundo, que huyó de su monasterio al acercarse los demonios europeos. Todo lo cual puede verlo el lector en el libro que Edmund Candler dedicó á este descubrimiento del santuario budista, y que se llama en inglés: *The unveiling of Lhasa*.

¡Maravilloso país el de aquellas mesetas herméticas! Y más para nosotros:

Cuando en 1904 llegaron allí los ingleses, el Tibet empezaba á estar rusificado. Creían que el zar, gran protector pan-budista, iría contra los ingleses de la India arrojándolos de la frontera del Tibet; los lamas ó monjes budistas tibetanos se imaginaban que Rusia es un país budista, esperando ver una Iglesia budista consolidada y unificada bajo la tutela espiritual del Gran Lama y la égida militar del zar de todas las Rusias.

Parece ser que la santidad que reinaba en el Tibet y, sobre todo, en sus piadosísimos monasterios, era verdaderamente edificante y ejemplar. Uno de los cien dones milagrosos de un santo tibetano, de uno de los discípulos de Naropa, es que podía meterse en el agua como un pez. «Me ha preocupado mucho — escribe á este propósito Candler — en qué consistía el milagro; pero cuando me encontré con los lamas de Kanjut Gompa, comprendí desde luego que en el contacto del santo hombre con el agua.» Este desprecio al mundano y frívolo asco, más bien al demoníaco asco — fué el Demonio tentador, la serpiente paradisiaca, quien introdujo lo de mudarse de camisa — ; este santo desprecio, prepara á los lamas para la beatífica siesta eterna, la del nirvana. ¿A qué lavarse, si al fin, cuando uno se haya muerto, han de ensuciarse sobre él los gusanos que se lo coman? ¡Buena gana lavar ceniza!

Los tibetanos «intentan cumplir lo imposible y cierran los ojos á lo hacedero», nos dice Candler. ¡Admirable pueblo! ¿Y qué van á hacer allá, á cerca de 4.000 metros sobre el nivel del mar? ¡Viven, y no es poco! Viven calentando sus chozas de piedra con boñiga de yak.

Candler nos cuenta que al entrar ellos, los ingleses, en un monasterio budista, los lamas se quedaron quietos como piedras y como si no los vieran. Y dice: «Nos consideraron acaso como reflejos inmateriales, insubstituíbles ó ilusorios; pasajeras sombras del mundo, proyectadas sobre ellos por la ilusión de un instante, para pasar y hundirse de nuevo en lo irreal, mientras ellos estaban absortos en la contemplación de las incambiables y universales verdades? ¿O se nos notó como pasto de charla y crítica cuando la prueba que se impusieron hubiera acabado?» ¡Cualquiera sabe lo que piensa un lama ante la irrupción de un bárbaro europeo, y si piensa algo!





En este maravilloso país de la beatífica siesta sobre un estercolero hay, fuera de Lhasa, otros tres grandes monasterios budistas, en Depung, en Sera y en Gaden, cuyos abades, seguidos por cerca de 30.000 monjes devotos y armados, dominan la asamblea nacional. Esos tres monasterios son de hecho Universidades eclesiásticas, y se parecen en varios aspectos, según Candler, á las de Oxford y Cambridge. Los alumnos tienen que aprenderse de cabo á rabo — que son lo mismo uno que otro — ciertos libros para obtener sus grados.

Candler visitó la Universidad de Depung, el mayor monasterio del mundo. La Universidad de Depung fué fundada en 1414, durante el reinado del primer Gran Lama de la Iglesia Reformada. Es, pues, más de siglo y medio más moderna que esta de Salamanca en que escribimos esta glosa; pero, ¿qué vale el tiempo para instituciones que viven en la eternidad del nirvana? Lo mismo da cinco que seis que cincuenta siglos de siesta. Y más sobre un estercolero.

La Universidad de Depung está dividida en cuatro Colegios, y contiene cerca de 8.000 monjes, entre los cuales hay una numerosa comunidad mongólica. El cuarto Gran Lama, un mongol, está enterrado en su recinto.

El más alto grado que se confiere por los lamas en sus Universidades es el de *Rabs-jam-pa*, ó sea «el que se derrama verbalmente sin fin» — *verbally overflowing endlessly*, traduce Candler —, el inacabable charlatán.

¡*Rabs-jam-pa!* ¡Admirable! ¡No debería pensar acaso nuestra Junta de Ampliación de Estudios en enviar, así que las condiciones de comunicación mundial se normalicen, á alguno de los aventajados alumnos de alguna de nuestras aventajadas Universidades, á la Universidad de Depung, en el santo y hermético Tibet, para que allí, á casi 4.000 metros sobre el nivel del mar, encima del gran macizo y más cerca, por lo tanto, del cielo, adquiriera el título de *rabs-jam-pa*? Y esto, aunque tuviese no ya que espulgarse, mas *espiojarse* cada día y vivir entre hollín y sebo y helándose en invierno. Bien vale este precioso título de *rabs-jam-pa* ó el que se derrama verbalmente sin fin, renunciar por una temporada á nuestros supersticiosos y ridículos prejuicios europeizantes sobre el aseo y la limpieza.

El bueno de Candler, un inglés y basta, les llama á los tibetanos *imposibles*. ¡Imposibles! ¿Qué podemos esperar — exclama — de esta comunidad tibetana, la más conservadora, en un país que se ha enorgullecido durante siglos de su gazmoñería y aislamiento — hombres ignorantes de ciencia, literatura, historia, política; de todo, excepto de su propio estrecho sacerdocio y confusa metafísica? — Llamamos al tibetano *imposible*. Su educación toda le enseña á serlo, y cuanto más educado, más *imposible* se hace. ¿El sí que era *imposible*, el pobre Candler!

¡Imposible el tibetano, y

Hege á *rabs-jam-pa* y se prepara, mascullando rezos, mientras cabecea una siesta en una especie de letrina, á la oterna siesta del nirvana, sobre el muladar en que al cabo habrá de convertirse, cuando muera, el universo! ¡El imposible era Candler, el presuntuoso europeo que fué á descubrirnos el misterio de la santa ciudad de Lhasa!

Mr. Augustine Waddell ha escrito una obra, que dicen fundamental, sobre el lamaísmo en el Tibet: *Lamaism in Tibet*. Hemos pensado que sería útil traducirla al castellano. Pero, ¿para qué? Mucho mejor que se tradujeran á nuestra lengua los libros santos del budismo tibetano, los que se aprenden en Depung. Pero, ¿para qué también? ¿Porque lo que es para *imposibles!*...

Miguel de Unamuno

